

PREÁMBULO al ACTA DE FUNDACION

Esta fundación, se puede plantear en primer término la cuestión de su relación con la enseñanza que no deja sin garantía la decisión de su acto.

Se postulará que, por calificados que estén quienes se hallen en condiciones de discutir allí esta enseñanza, la Escuela no depende de ella y tampoco la dispensa. ya que ella prosigue en el exterior.

Si para esta enseñanza, en efecto, la existencia de una audiencia que todavía no la ha valorado, se reveló en el mismo vuelco decisivo que impuso la Escuela, importa tanto más señalar qué los separa.

Escuela Freudiana de París, -este título mantenido en reserva en el acta de fundación, anuncia a las claras las intenciones de las que procede, a quien se atiene a sus términos.

Omitamos el lugar desde el que se reasume, sin méritos para hacerlo, con el escudo de origen el desafío que conlleva, ya saludado por Freud: la Escuela se afirma primeramente freudiana, dado que -si hay una verdad que, sin duda, se sostiene en una presencia que paciente la reitera, cuyo efecto devino conciencia del área francesa- el mensaje freudiano sobrepasa de lejos en su radicalidad el uso que de él hacen los practicantes de obediencia anglófona.

Aun si se echa mano en Francia y en otras partes a una práctica mitigada por el torrente de una psicoterapia asociada a las necesidades de la higiene social, -es un hecho que ningún practicante deja de mostrar su molestia o su aversión, incluso irrisión u horror, a medida que se ofrecen ocasiones de sumergirse en el lugar abierto donde la práctica aquí denunciada asume forma imperialista: conformismo de la mira, barbarismo de la doctrina, regresión acabada a un psicologismo puro y simple, -todo ello mal compensado por la promoción de un clero fácil de caricaturizar, pero que en su compunción es cabalmente el resto que da fe de la formación por la cual el psicoanálisis se disuelve en lo que propaga.

Este desacuerdo, ilústreselo con la evidencia que surge al preguntar si no es cierto que en nuestra época el psicoanálisis está en todos lados, mas los psicoanalistas en otra parte.

Pues no en vano puede uno sorprenderse de que el mero nombre de Freud, con la esperanza de verdad que lleva sea considerado por enfrentarse con el nombre de Marx, sospecha no disipada, aunque sea patente que el abismo entre ellos sea incolmable, que en la vía entreabierta por Freud podría percibirse la razón por la que el marxismo fracasa en dar cuenta de un poder cada vez más desmesurado y loco en cuanto a lo político, que incluso podría desempeñar un efecto de reactivación de su contradicción.

Que los psicoanalistas no estén en condiciones de juzgar los males en que están inmersos, pero que en ello fallan, -basta para explicar que respondan con un enquistamiento del pensamiento. Dimisión que abre la vía a una falsa complacencia, portadora para el beneficiario de los mismos efectos que una verdadera; en este caso, la estampilla que degradan en los términos cuya guarda tienen para la empresa que de ningún modo es en sí el resorte de la economía reinante, aunque cómoda es la puesta en

condiciones de aquellos que ella emplea, incluso en los altos grados: la orientación psicológica y sus diversos oficios.

De este modo el psicoanálisis está demasiado en espera y los psicoanalistas demasiado en falso para que se pueda deshacer su suspenso desde otra parte que el punto mismo del que han tomado distancia: a saber, la formación de psicoanalista.

No es que la Escuela no disponga de lo que le asegura no romper ninguna continuidad: a saber, psicoanalistas irreprochables cualquiera sea el punto de vista que se adopte, puesto que hubiese bastado para ellos, como bastó para el resto de los sujetos formados por Lacan, que renegasen de su enseñanza para ser reconocidos por cierta "Internacional" y es notorio que no deben sino a su elección y a su discernimiento el haber renunciado a dicho reconocimiento.

Es la Escuela la que vuelve a cuestionar los principios de una habilitación patente y con el consentimiento de aquellos que notoriamente la han recibido.

En lo cual freudiana revela ser además, presentándose ahora a nuestro examen el término de Escuela.

Este término debe ser tomado en el sentido en que antiguamente significaba ciertos lugares de refugio, incluso de bases de operación contra lo que ya podía llamarse malestar en la cultura.

Al atenernos al malestar del psicoanálisis, la Escuela entiende dar su campo no solamente a un trabajo de crítica: sino a la apertura del fundamento de la experiencia, al enjuiciamiento del estilo de vida en que desemboca.

Quienes aquí se comprometen se sienten lo suficientemente sólidos como para enunciar el estado de cosas manifiesto: que en el presente el psicoanálisis no tiene nada más seguro que hacer valer en su activo que la producción de psicoanalistas, -aunque ese balance aparezca como dejando que desear.

No es que con ello nos abandonemos a cierta autoacusación. Somos conscientes de que los resultados del psicoanálisis, aun en su estado de dudosa verdad, hacen papel más digno que las fluctuaciones de moda y las premisas ciegas de las que se fían tantas terapéuticas en el terreno donde la medicina no acabó de ubicarse en cuanto a sus criterios (¿los de la recuperación social son isomorfos a los de la curación?) y parece incluso en retirada en cuanto a la nosografía: hablamos de la psiquiatría. que ha pasado a ser un interrogante para todos.

Es incluso bastante curioso ver el modo en que el psicoanálisis hace aquí de pararrayos. Sin él, cómo se haría para ser tomado en serlo cuando su único mérito es el oponérsele. A ello se debe un *statu-quo* en que el psicoanalista se siente cómodo gracias a la benevolencia con la que se considera su insuficiencia.

El psicoanálisis se distinguió primero, sin embargo, por dar acceso a la noción de curación en su terreno, a saber: devolver sus sentidos a los síntomas, dar lugar al deseo que ellos enmascaran, rectificar de manera ejemplar la aprehensión de una relación privilegiada, -aunque hubiese hecho falta poder ilustrarla con las distensiones de

estructura que exigen las formas de la enfermedad, reconocerlas en las relaciones del ser que demanda y que se identifica con esta demanda y esa identificación mismas.

Aun haría falta que el deseo y la transferencia que las animan hayan sublevado a quienes tienen su experiencia hasta volverles Intolerables los conceptos que perpetúan una construcción del hombre y de Dios donde entendimiento y voluntad se distinguen, mediante una pretendida pasividad del primer modo y la arbitraria actividad que atribuye al segundo.

La revisión del pensamiento que reclaman las conexiones con el deseo que Freud le impone, parece estar fuera de los medios del psicoanalista. Ellos se eclipsan sin duda entre los miramientos que los doblegan y la debilidad de aquellos a los que socorre.

Hay empero un punto en que el problema del deseo no se puede eludir, es cuando se trata del psicoanalista mismo.

Y nada es más ejemplar de la pura cháchara que lo que de ella dice este comentario: que ella condiciona la seguridad de su intervención.

Perseguir en las coartadas el desconocimiento que se escucha aquí con falsos documentos, exige el encuentro de lo más valioso de una experiencia personal con aquellos que la conminarán a confesarse, considerándola un bien común.

Las propias autoridades científicas son aquí el rehén de un pacto de carencia que hace que ya no se pueda esperar desde fuera una exigencia de control que estaría a la orden del día en cualquier otra parte.

Es asunto solamente de quienes, psicoanalistas o no, se interesan por el psicoanálisis en acto.

A ellos se abre la Escuela para que pongan a prueba su interés, -no estándoles prohibido elaborar su lógica.